

ciones a una encuesta, demuestran la verdad de aquel aserto. A lo largo de todas sus páginas, que rebasan las mil, Rosa Chacel escribe sobre los temas más dispares, desde el fútbol a la filosofía de Ortega y Gasset, y en todas ellas, en último término, lo que se nos revela es la faceta del objeto tratado que en ella misma detecta, ofrecido siempre en un discurso presidido por la razón, «lo más fuerte». Nos hallamos, por lo tanto, ante la obra que de modo probablemente más completo, y si no más claro, puede aproximarnos a su personalidad, pues, de hecho, estos dos libros constituyen un autorretrato interior en el cual la escritora aparece versátil y monolítica a un tiempo, y movida en todo momento por un afán de ver claro y de aclarar todo aspecto de la vida.

Y decir todo aspecto de la vida quiere decir exactamente «todo»; por ello, junto a las reflexiones sobre su propia creación, que ocupan casi la mitad del primer volumen y son lectura fundamental tanto para quien se interese por su obra como para el que lo haga meramente por la creación literaria en sí, surgen los temas menores (los toros, el fútbol, la moda, el tabaco, las casas, el juego o la simulación), los grandes temas (el amor, la fe, la belleza, la verdad, la libertad, la realidad, el valor, el honor, el poder), los temas literarios (el origen de la novela actual, la estética dominante, el lenguaje, la «depreciación» de la literatura, el placer como móvil de la ensoñación y de la creación) y los temas característicos de nuestra época (la situación de las nuevas generaciones, la violencia, el progreso, la ciencia o la liberación de la mujer). Diríamos, pues, que estas páginas constituyen un autorretrato con paisaje (es decir, ampliado con el retrato de la época) y algunos personajes próximos o lejanos, claves de la cultura.

¿De dónde surge la capacidad para abarcar tal abanico? Probablemente de aquello en lo que Aristóteles dijo se hallaba el origen de la filosofía: el asombro. El primer rasgo de Rosa Chacel plasmado son unos ojos abiertos, ávidamente atentos, con la atención y la concentración del que se halla ante el descubrimiento; unos ojos que conservan la virginidad de la infancia, sin duda por ser capaces de seguir escrutando por los recovecos y hallar prolongaciones, nuevos significados, allí donde a los demás nos parece que la línea ha concluido. Por este motivo su curiosidad se ve siempre asaltada por la sorpresa,

lo que lejos de detenerla la impulsa a seguir y a encontrar ese nexos oculto que vincula lo observado a sí misma.

Esto llama la atención particularmente cuando trata de temas que diríamos son muy alejados a ella; así, por ejemplo, en el artículo escrito en 1982 titulado «La moda del fútbol», sitúa pronto este deporte en el plano desde el que puede mirarlo a su gusto y de ahí llega a uno de los puntos que desde la infancia (como se lee en su libro *Desde el amanecer*) despertaron en ella un interés particular: la palabra. Escribe, pues, del fútbol: «Podría señalar sus excelencias en tanto que deporte, pero prefiero juzgarlo con el metro de mi predilección, queda en benéfico ejercicio —llamémosle calistenia—; lo estético, efecto de la perfección física de los atletas; lo ético —regla del juego eficazísima en un juego que incita al violento arrebatado de lo que se puede obtener con un buen golpe, parada o zancadilla—; el esférico... ¿Quién aplicó por primera vez ese tropo?»⁴. En el titulado «Los toros. Hoy, ayer y mañana» (unos años posterior), por otra parte, refiriéndose a que dicha fiesta ha quedado como emblema de la hispanidad, se pregunta si somos «eso» y deriva en lo siguiente: «aquello que quedó impreso en el arte —digamos en la historia— sí lo era. No quiero decir que era todo, no, pero sí era absolutamente afín y sustancialmente uno, con todo lo demás, con lo más alto y más sagrado, con el sentido de la vida y de la muerte, con el valor —cúlmine de la hombría que se llegó a llamar el honor—. Todo en la fiesta de toros era como un auto sacramental que confiaba al otro —a los otros— nuestra verdad secreta...»⁵.

Merecería la pena rastrear ese proceso mental de Rosa Chacel en todos los textos mínimos, muchos de ellos, como estos dos, escritos por encargo, verdaderos retos al poder de su mente, hasta tal punto están entramados en lo que es el tejido o cañamazo de su pensamiento; pero veamos cómo este pensamiento cuenta con unas bases firmemente establecidas y es algo que se pone de manifiesto desde un principio y se va estructurando en torno a pilares tan claros que se diría constituye casi una doctrina.

El tema de fondo (con Nietzsche al fondo), el que, de hecho da cauce a los demás, y es recurrente en todos

⁴ Vol. II, pág. 421.

⁵ Vol. II, pág. 382.

estos textos, es el de «poder» en cuanto a posibilidad. Ella misma define la importancia de este verbo en el artículo «Lo primero y principal en las nuevas generaciones» (1978): «confiere realidad a todo verbo. Sin ese poder nadie respira, y hay que poder respirar...»⁶, y más adelante dice: «Este poder hacer —poder, piloto de todo verbo: poder nadar, poder comer, poder correr... empieza siendo contemplado, considerado y, después de tomarle las medidas, después de saber que sin él no hay nada que hacer porque el verbo hacer sin poder no tiene existencia»⁷.

Esta es, pues, la primera premisa de su razón, la tierra firme sobre la que edificar. Por ello lo más alejado y rechazado es la impotencia que es «clima» de la angustia; dice en el mismo artículo, por ello «la aparición de Ortega era la posibilidad»⁸, y por lo mismo nadie es peor tratado en estas páginas que Rousseau, al que llama «repugnante Vicario Saboyano»⁹ y del que dice tiene «la insidia del impotente»¹⁰. Esta posibilidad entronca directamente con la realidad —tan vinculada a la verdad: lo real, lo tangible, no es hipotético.

De ahí se desgranaban diversos conceptos —otros tantos pilares del pensamiento de Rosa Chacel— y en primer lugar el de libertad. La libertad se asienta en el «poder hacer» y por ello es altamente peligrosa. Hablando de ella, dice: «¿Dónde está el mal? Hay que reconocer que probablemente está en la libertad. No hay por qué asustarse: si el mal está en algún sitio, sólo en la libertad puede estar. Dice Spinoza que “voluntad es sólo lo que puede decir Sí o No”. Y es en el ámbito de la libertad donde se puede decir Sí al mal»¹¹.

La libertad aparece unida a otro concepto de capital importancia: la belleza (la vocación inicial de Rosa Chacel fueron las bellas artes), ambas constituyen «los dos más grandes poderes de la fascinación»¹², siendo así que la belleza está siempre «cargada de eros», por lo que «belleza y amor están fundidos hasta la saturación uno con otro»¹³.

Del mismo modo la plenitud se define como «un estado glorioso del poder»¹⁴. Y, por supuesto, es el poder la clave del amor y de las relaciones sexuales. En la conferencia *La mujer en galeras*, Rosa Chacel alude a la primera conferencia dada por ella en el Ateneo de Madrid, y en una nota al pie de página se nos dice que se trata de *La mujer y sus posibilidades*, pronunciada (en 1921!

Una de estas posibilidades, la fundamental, es la de la procreación, «/.../ de esas relaciones puede brotar un tercero. /.../ Nada habremos entendido del sexo mientras no demos bastante importancia a ese poder, pues él es el motor, hasta cuando no hay posibilidad»¹⁵, si bien en la relación hombre y mujer cuenta igualmente el poder en su otro aspecto, de dominio o posesión: «el juego de persecución que activa al animal y al hombre en celo, no es más que un intento primario y oscuro de esa otra lucha que sólo puede librarse en el “ser poseedor de espíritu”»¹⁶.

Poder, libertad, belleza, amor, entre sí tan relacionados, confluyen en una cuestión que, como se ve, atañe profundamente a la escritora, la cuestión de la mujer. La conferencia dada en el Ateneo en 1921 fue su primera manifestación pública, por lo que podemos decir que el motor que la lanzó a la palestra fue el hecho incuestionable de saberse mujer. Aunque el texto es inencontrable, basta con el título para adivinar su orientación. Años después, en 1931, publicaba en la *Revista de Occidente* un breve ensayo titulado «Esquema de los problemas prácticos del amor», donde defendía la «idéntica índole y esencia»¹⁷ de hombre y mujer, aunque admitía una diferencia «de grado» en la evolución de su «existencia espiritual». En él afirmaba que «la mujer nunca hizo otra cosa que desempeñar el papel que en razón de verdad le correspondía»¹⁸ y atribuía el que el espíritu de la mujer hubiera sido «cohibido», no al varón, sino «a la pequeñez y obtusidad humanas, patrimonio

⁶ Vol. II, pág. 326.

⁷ *Ibid.*, pág. 330.

⁸ «Ortega», 1989, vol. I, pág. 419.

⁹ «Lo primero y principal en las nuevas generaciones», vol. II, pág. 339.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Vol. II, pág. 496.

¹² *Ibid.*

¹³ «El libro más bello», vol. I, pág. 122.

¹⁴ «Lo primero y principal...», vol. II, pág. 333.

¹⁵ *La mujer en galeras*, vol. II, pág. 489.

¹⁶ «Esquema de los problemas prácticos y actuales del amor», 1931, vol. II, pág. 473.

¹⁷ Vol. II, pág. 452.

¹⁸ Vol. II, pág. 456.

equitativamente repartido entre los dos sexos»¹⁹, aceptando sólo su ser «contrarios» en la cuestión sexual y llegando a afirmaciones tan rotundas como: «el amor es necesidad vital de actuar sobre lo amado, y deseo de captación que sólo se consigue en buena ley mediante la oferta de la propia individualidad. /.../ Pero siendo el acto sexual puramente la *expresión* metafísica del eros, esta formalización resulta muy limitada y externa»²⁰. Con todo hay en ella un punto fascinante y aterrador que lleva al individuo a deponer «ante otro ser su libertad íntima y aceptar sin reservas su propio vencimiento»²¹.

Tras este ensayo, y sobre el mismo tema, escribió Rosa Chacel uno de los libros más lúcidos y atrevidos existentes, *Saturnal*, y posteriormente volvió sobre él en dos conferencias: *La mujer en galeras* y *La esclava* (curiosamente el texto que cierra cronológicamente el arco que ofrecen estos volúmenes), y un artículo fundamental: «Comentario tardío a Simone de Beauvoir». A *La mujer en galeras* (1975) pertenece esta frase referida a la mujer: «Yo afirmo que nunca fue *marginada*, sino que fue *siempre* —hasta hace muy poco— *esclavizada*»²². Y vuelve a hablar (con Merleau-Ponty al fondo) de lo que «puede» la mujer, y lo que «no puede», explicando así su «*vulnerabilidad* y el terror a la *violación*»²³. Dice también (remitiendo a *Saturnal*) que lo grave no fue que la mujer no tuviera acceso a la universidad, sino que «cuando el hombre ya era adulto para la meditación, la mujer no pasaba noches en el monte guardando cabras»²⁴. En este punto (con Cervantes y Rosales al fondo) enlaza con el tema de la libertad y la belleza, simbolizadas por la pastora Marcela.

Anterior a dicha conferencia es el artículo «Comentario tardío a Simone de Beauvoir» (1956) donde arremete contra la afirmación de que la mujer es «lo otro» y replica a la frase de la escritora francesa respecto a que «la peor maldición que pesa sobre la mujer es la de haber sido excluida de las expediciones guerreras»²⁵, diciendo estar de acuerdo en la importancia de arriesgar la vida y añadiendo que la mujer puede hacerlo. Esto, de todos modos, la lleva al terreno de la responsabilidad: «El hombre asume el riesgo de su vida y la mujer asume la *responsabilidad* de introducir en el mundo unas cuantas vidas»²⁶.

En *La esclava*, que data de 1992, revisa el tema a la vista de los avances actuales (anticonceptivos, prueba de

paternidad), lo que modifica, evidentemente, las posibilidades, el «poder» de la mujer.

Sigue, pues, en todo este arco que va desde 1921 a 1992, apoyándose en ese verbo básico. La importancia que Rosa Chacel le otorga —con frecuencia lo emplea también en el sentido de potencia o fuerza (habla por ejemplo del «poder» de la palabra)—, deriva acaso directamente de uno de los postulados de su maestro Ortega y Gasset, que cita: «Toda desilusión, al quitar al hombre la fe en una realidad, a la cual estaba puesto, hace que pase a primer plano y se descubra la realidad de lo que le queda y en la que no había reparado. Así, la pérdida de la fe en Dios deja al hombre solo con su naturaleza, con lo que tiene»²⁷. Y lo que tiene es su «desilusionado vivir» al que ha llegado, sigue citando a Ortega, debido a «la serie dialéctica de sus experiencias, que /.../ es preciso conocer porque ella es... *la* realidad trascendente»²⁸. Aquel otro poder, que no era tangible, ha sido abolido, y el hombre forzosamente ha de buscar en sí toda posibilidad. La inteligencia le abre la puerta hacia su arma principal: el saber que es «el secreto del hombre»²⁹. De ahí también la gran importancia de Ortega, pues él «antes que trastocar valores o implantar grandes ideas, nos había incitado a tener *relaciones íntimas con las ideas*»³⁰ y para que el conocimiento no se apartara de la verdad, propugnaba el rigor, un rigor que se cifra, precisamente, en la justa medida, lo natural, la consecuencia, única posibilidad de futuro («Sólo en la perfecta consecuencia hay porvenir») ³¹, ya que la vida es «el afán de realizar determinado proyecto» (Ortega)³².

¹⁹ Vol. II, pág. 456.

²⁰ Vol. II, pág. 460.

²¹ Vol. II, pág. 474.

²² Vol. II, pág. 482.

²³ Vol. II, pág. 486.

²⁴ Vol. II, pág. 493.

²⁵ Vol. II, pág. 513.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ «Respuesta a Ortega: La novela no escrita», vol. I, pág. 387.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ «Recuerdo un olor...», vol. II, pág. 623.

³⁰ «Respuesta a Ortega...», vol. I, pág. 376.

³¹ «Baudelaire y el Baudelaire de Sartre», vol. II, pág. 226.

³² *Ibid.*